

El padre los seguía a distancia, ocultándose detrás de las columnas y detrás de las personas.

La actitud de uno y otro era de completa tranquilidad. Entraron en un restorán que vió el Resurgimiento, que alojó a los viejos parlamentarios, y que está servido todavía por camareros a la antigua, de esos que en pasadas épocas, cuando moría un cliente, lo recordaban y le acompañaban a la última morada.

El señor Virgili no entró; pero desde fuera, por entre las junturas de las cortinillas, observó cómo los dos consultaban la carta, mientras un camarerito imberbe y rubio (un Cupido en frac, para parejas de amantes) llenaba dos cálices de un vino claro.

—Como véis, no me ha matado—dijo, por la noche, al llegar a su casa.

—Suponemos que el profesor no te habrá visto—receló la tía.

—¡Es él!—dijo el padre, al oír un timbre.

—Buenas noches, profesor.

Mansó Birri entró encorvado, pero solemne, abrochado todavía como un cura con traje seglar, llamante todo él con sus puños cilíndricos, por entre los que aparecían unas mangas de punto de lana.

El nudo (hecho) de la corbata iba un poco atravesado, torcido sin duda por la emoción.

La tía le ayudó a despojarse del abrigo de perro, reencarnado en marta.

—¿Cómo va, profesor?

—*Ut fata trahunt*—respondió; y tradujo en seguida:—Como quiere el destino.

—¡No se queje del destino!—dijo la tía, presurosa y sonriente.—¡Un hombre célebre como usted!

—*Vellem nascere litteras*.

Y, como es natural, tradujo:

—Quisiera no saber escribir. ¿Y la señorita Iluska? (Para mí siempre es una señorita). ¿Está bien?

—Muy bien.

—¿Puedo tener el honor de verla?

—El honor será suyo.

La tía fué en su busca.

—No quiere verle.

—Sé razonable, mujer.

—No estoy en casa.

—Le hemos dicho que sí.

—He salido.

—No es verosímil, a estas horas.

—Dile que me he ido al infierno.

—No se puede.

—Pues dile que se vaya él.

El profesor escuchó los mayores detalles de una inopinada jaqueca de Iluska maravillosamente descrita por la tía, y se tiró de los bigotes merovingios, soltando una frase latina que nos guardaremos muy bien de decir, para no tener luego el trabajo de traducirla.

*
* *

—En una palabra, es preciso escoger, señor Mauri—intimé el padre de Méliitta, quitándose los guantes y echándolos en el sombrero puesto boca arriba.—O consiente usted en la anulación de su matrimonio, o se determina a llevarse a Iluska a su casa, con todos los derechos de una esposa.

—¿Anulación del matrimonio? ¿Y por qué, siendo así que me han hecho ustedes casar con ella a la fuerza?

—Es la misma objeción que me ha puesto Iluska.

—¿Luego ha hablado usted con ella?

—Naturalmente.

—¿Y qué ha contestado?

—Se ha puesto a llorar.

—Me parece extraño. Las mujeres se valen de las lágrimas para quitar la comunicación de los coloquios embarazosos. Pero Iluska no recurre a estos medios.

—¿Estima usted mucho a Iluska?

—Muchísimo.

—¿Pues por qué no la quiere como debe?

—La adoro.

—¿Entonces? ¿Por qué no se decide a tenerla en su casa? ¿Para olvidarla?

—Porque quiero amarla aún. Porque si la tuviera en mi casa como una mujer, vería en Iluska a la muchacha que se ha entregado sin apariencia de cálculo, pero que ha hecho sus cálculos después, y ha cerrado con utilidad sus balances.

—¿Usted cree, señor Mauri, en mi palabra de caballero? Yo le juro que Iluska no ha hecho nada por sí para casarse.

—Muy bien. Estoy convencido. Hoy que Iluska no me pide nada creo en su pureza, como creí en ella cuando se me entregó sin pedirme nada tampoco. Pero mañana viéndola en mi casa, con derechos de mujer, la consideraría de nuevo una calculadora. ¡Las opiniones pueden corregirse, pero las sensaciones no!

—Luego, para querer a mi hija ¿necesita usted posiciones irregulares?

—Tal vez. Si usted no me la hubiese impuestó, yo se la habría pedido.

—Y si llegásemos a anular el matrimonio, ¿usted me la pediría?

—Es posible.

—¿No es más sencillo suprimir estas complicaciones y olvidar el pasado?

—No, señor.

—Entonces ¿anulamos el matrimonio?

—Se necesitan motivos grandes.

—Los abogados saben inventarlos.

—Pero los jueces no los toman en cuenta.

—Los médicos los confirman.

—Los médicos no pueden confirmar lo que no existe.

—Pagando se tiene todo. El dinero hace ver

más allá que el mejor instrumento de precisión. La impotencia del marido...

—Una buena idea.

—¿Le disgusta?

—Me cisco en ella. Pero es inverosímil, ya que hace un mes iban ustedes a querellarse contra mí por... ¿Por qué iban a querellarse? ¿Por corrupción de menores? ¿Por estupro?

—Es verdad. Se puede recurrir al divorcio.

—Hay que ir al extranjero.

—Viaje agradable.

—Puede hacerse.

—¿Se iría usted tres meses con Iluska a Hungría o a...

—Si Iluska quiere...

—Se lo diré. ¿Está usted dispuesto a partir?

—En seguida.

—¿Tiene pasaporte?

—En regla.

—Pues adiós.

Y al mecánico que, gorra en mano, le abría la portezuela, ordenó:

—Biblioteca.

El orientalista Manso Bini dejó los anteojos sobre el libro, y después de un momento de incertidumbre reconoció al visitante.

—Acepta el divorcio—anunció sin más el industrial al erudito.—Dentro de cuatro o cinco meses podré darle la mano de mi hija.

Un sabio que meditaba, peinándose la barba con un lápiz, impuso silencio.

—¿Y cómo ha sido? ¿Le ha expuesto mi plan?

—No, profesor: hubiera tenido un resultado adverso. Para obtener no debe acentuarse la necesidad, porque ésta es siempre la que valoriza las cosas. Hay que despreciar, y dejarle a la parte contraria la ilusión de que es a ella a quien solamente interesa el asunto.

—Es verdad. Pero ¿qué interés puede ver el otro en que se le separe de su esposa?

—Porque es justamente la legalidad del matrimonio lo que le impide amar a Iluska, y amará de nuevo a ésta, anulado que sea aquél.

—El excitante de la ilegalidad. ¡Qué curioso! Entre todos los estímulos del amor, no había descubierto nunca éste.

Un estudioso que preparaba su tesis «sobre la influencia de las fases lunares en la reproducción de la cola de los lagartos» martilleó el pupitre con las uñas. Y el profesor Manso Birri bajó nuevamente la voz.

—Pero ¿no hay riesgo entonces de que, logrado el divorcio, ame otra vez a la señorita Iluska?

—Después de tres meses de estancia en el extranjero, durante los cuales no se encontrarán más que una vez ante el abogado y otra ante el tribunal, no sentirán el uno por el otro más que indiferencia.

—¿Ella cree que los dos van a verse más a menudo?

—No lo sé.

—¿Y menos a menudo?

—Tampoco lo sé.

—¿Y en privado?

—Conozco a mi hija.

Méltta, a la idea de ir en el *Orient Express* saltó como una niña. A la vuelta de la montaña, cuando el inefable don Cecilio Cacao, masticador de uñas y de virtudes, había desencadenado la tragedia, ella quiso de nuevo partir para el extranjero, reemprender la vida errante de los últimos años. Pero el señor Virgili, irreductible en su imposición, habíale respondido simplemente:

—No te irás.

Un padre distinto le hubiese dicho.

—No te irás, para no causarle a tu padre un dolor muy grande.

El, por el contrario, sin levantar la vista de un telegrama lleno de números, expuso con la mayor naturalidad:

—No te irás, porque no te daré ni un solo céntimo.

Ahora, por fin, partiría hacia otros países, donde se habla otro idioma, y donde la gente de raza distinta da la efímera ilusión de la novedad.

10

Una hora antes de la partida, la tía se dirigió a la estación para coger un sitio; pero con sus enormes caderas cogió dos.

Iluska y Donatella llegaron precedidas de una gran maleta, mientras daban las primeras campanadas, y la tía pronunció la única frase que dicen las tías cuando se han adelantado a coger sitio en un vagón:

—Temí que no llegáseis a tiempo.

En el compartimiento de al lado, Mauro Mauri sacaba monótonos arpegios de la goma del sombrero.

Cuando ya estuvieron cerradas las portezuelas, creando entre los que se quedan y los que parten ese estado de ánimo atontado y sonriente de los que no saben qué decirse, un hombre negro y veloz como